

VÍCTOR PENCHASZADEH, GENETISTA

POR MARIANA LICEAGA  
FOTOS SUB.COOP

# Un doctor en derechos humanos

Se lo conoce como el padre del índice de abuelidad –ese estudio que les permite a las Abuelas de Plaza de Mayo recuperar a sus nietos–, pero él sostiene que fue un trabajo colectivo. Se presenta a sí mismo como un militante de la salud como derecho y contra el reduccionismo genético.



Cuando en 1968 Víctor Penchaszadeh viajó con una beca a Baltimore a estudiar genética, no tenía ni idea de los alcances que esa especialidad obtendría en su recorrido como médico, en la ciencia y en la vida de los argentinos. La decisión de ser médico la había tomado desde muy chico, y no por mandato o influencia familiar. Su padre, uzbeko, y su madre, ucraniana, habían emigrado de París en 1939 y se dedicaban a la industria textil.

–Ellos estaban ocupados en sus negocios, no se ocupaban de nuestras elecciones.

Al volver de su beca, el doctor Carlos Gianantonio, pediatra, investigador y mentor de muchos médicos de su generación, lo estimuló y apoyó para que creara el Departamento de Genética en el Hospital Ricardo Gutiérrez para poder brindar mejores diagnósticos. Pero dado que estaba marcado como una persona de izquierda, aunque no estuviera afiliado a ningún partido, eso le significaba muchos problemas políticos, no internos del hospital.

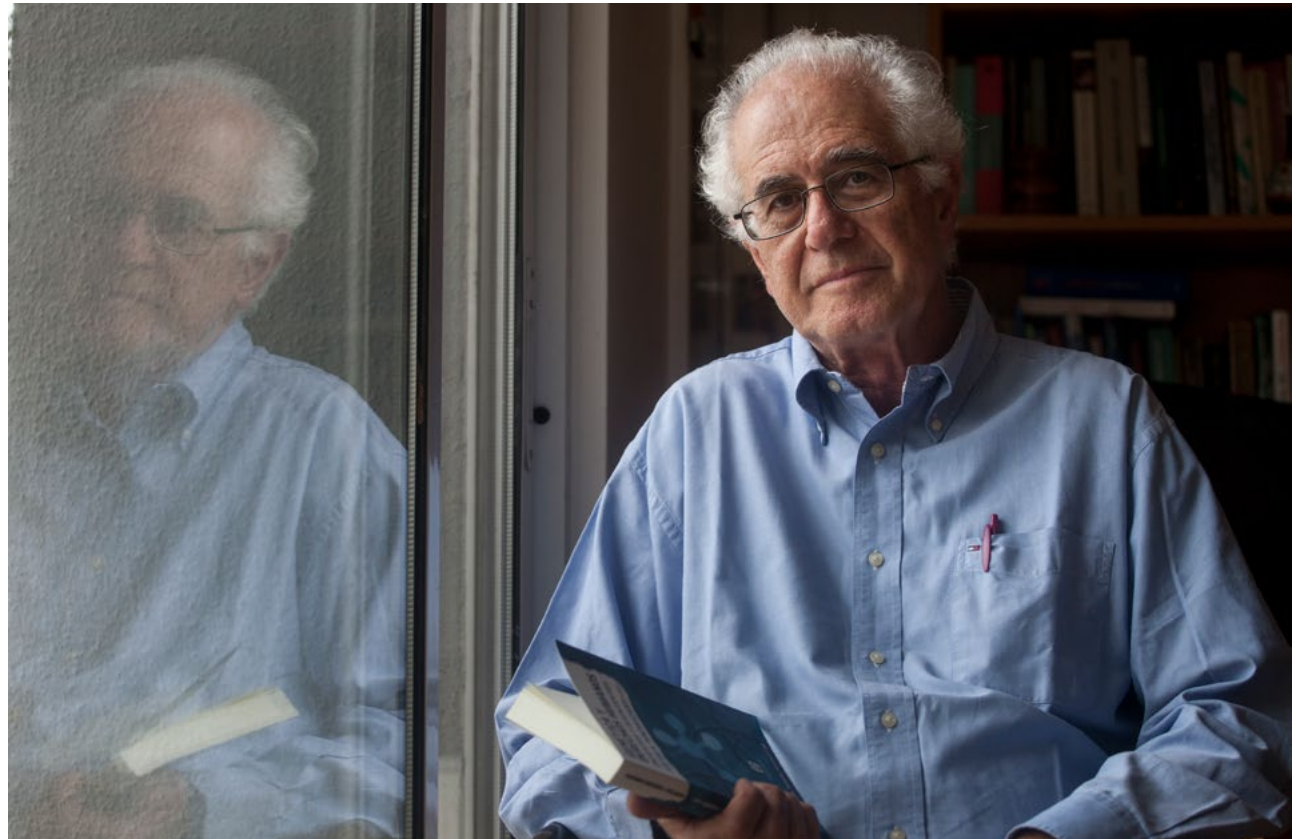
–Eso me costó porque nunca llegué a tener ningún cargo, salvo instructor de residentes. Fui jefe del Departamento nominalmente porque estaba contratado, no era que empezaba una carrera hospitalaria.

Hasta que, en diciembre de 1975, una patota de la Triple A llegó a su consultorio en la avenida Callao y Santa Fe. Luego de interrogarlo y golpearlo durante dos horas, lo amordazaron, le vendaron los ojos, le ataron las manos y lo bajaron con intenciones de

meterlo en un auto. Pero Penchaszadeh resistió el objetivo de los torturadores porque cuando advirtió que estaba cerca de la puerta del auto, forcejó, y el auto se fue sin él. La gente que pasaba por ahí –eran las cinco de la tarde en Santa Fe y Callao– lo ayudó a quitarse la venda de los ojos. Dos días después de ese evento, partía a un exilio que lo mantuvo fuera del país hasta 2007.

–Vi un movimiento de recuperación social, política y económica que no quería perderme.

Si bien Penchaszadeh se vio obligado a axiliarse, aun así se mantuvo al pie de ese puente que unía los países donde vivió y la Argentina. Después de aquel escape memorable, desembarcó en Caracas: allí se había mudado su hermano, un biólogo que trabajaba en Mar del Plata, donde había visto el ambiente



fascista que se venía. Apenas llegó a Venezuela tuvo trabajo en prevención y tratamiento de enfermedades genéticas. Durante los cinco años que estuvo allí colaboró para formar la Sociedad Venezolana de Genética y, por imposición de los argentinos exiliados, atendía a sus hijos aunque sus intereses siempre estuvieron más orientados a generar políticas públicas y a los derechos humanos que a la práctica privada de consultorio. Y hacia ese interés profesional siempre dirigió su camino, su vida.

—En esa época Venezuela era un páramo científico y cultural, mis hijos crecían, la educación pública era impensable y la situación no daba para más de cinco años.

De modo que empezó a mover contactos y en 1981 consiguió trabajo en la escuela de medicina de Cornell en Nueva York, ciudad donde vivió hasta volver a su país de origen.

Si uno pone una lupa dentro del recorrido laboral de Penchaszadeh, se puede deducir que en la década de los ochenta su camino laboral tomó un cauce definitivo para perseguir sus intereses: la senda del derecho a la salud como derecho humano.

—Yo milito por ese derecho —admite.

Durante esa década también se involucró en la guerra de El Salvador y Nicaragua, donde participó en misiones que se ocupaban de los desplazados; trabajó para la Human Rights Wach; fue consultor externo de la Organización Panamericana de la

Había que saltar una generación porque los padres no estaban, todavía no existía el ADN y no había computadoras que hicieran esos cálculos.

Salud y, junto al doctor Luis Heredero —su hermano de la vida—, contribuyó en la formación del Centro Nacional de Genética Médica en Cuba.

—Me gustaba contribuir donde había oportunidades interesantes y estoy satisfecho con lo que hice, claro que me hubiera gustado que el mundo no fuera lo que es hoy, con un Senado en Brasil que destituyó con un controvertido *impeachment* a Dilma y con lo que está pasando acá.

Fue en aquellos años ochenta, más precisamente en noviembre de 1982, cuando Estela de Carlotto y Chicha de Mariani se juntaron con él en Nueva York y le preguntaron: ¿Qué puede haber más importante para un genetista argentino que identificar bebés robados durante la dictadura cívico-militar? La respuesta lo consagró como el padre del índice de

abuelidad: ese estudio que a partir de datos genéticos de los abuelos —obtenidos por muestras sanguíneas o extracción de cabellos— permite determinar quiénes son sus nietos sin la información de la mamá o del papá.

—Acá en este país soy el padre aunque ya me cansé de decir que no lo soy, fue una tarea colectiva pero la gente necesita alguien visible y, bueno, a mí me tocó esto.

La inquietud de aquella pregunta hizo que llevase el caso —que después se convirtió en la primera nieta recuperada: Paula Logares— a un grupo de científicos en Berkeley dirigido por la genetista Marie Claire King. Su rol —dice— fue muy alterno, porque aportó un ladrillo a todo el trabajo que hicieron principalmente los matemáticos que trabajaron tomando en cuenta los marcadores que había hasta ese momento a partir de la fórmula del índice de paternidad.

—Había que saltar una generación porque los padres no estaban, todavía no existía el ADN y no había computadoras que hicieran esos cálculos.

Penchaszadeh dice que si bien fue un estudio esencial y fue la primera vez en el mundo que se hizo, considera que no fue un salto cualitativo de la ciencia como a veces se le dice acá porque en realidad fue una adaptación de una fórmula que ya existía.

Con la vuelta de la democracia en la Argentina, su instinto fue el de volver pero su situación personal era compleja —tenía dos hijos adolescentes— y

además el Gobierno de Alfonsín no tenía nada concreto para ofrecerle. En Nueva York había creado la Asociación Argentino-Norteamericana para la Ciencia y desde donde había colaborado con el Gobierno para capacitar gente. Además de poner en marcha el estudio del índice de abuelidad, colaboró en la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos, que garantiza la conservación de los perfiles genéticos de las Abuelas y sus familias y realiza los análisis que permiten la identificación de los nietos apropiados.

Pero tuvo que esperar algunas décadas para volver al país de manera definitiva: aprovechó la coyuntura allá –en Nueva York su participación en proyectos internacionales relacionados con los derechos humanos lo había alejado del sistema para conseguir subsidios a la investigación–; y acá, con el advenimiento del Gobierno del Kirchner, vio que era el momento de hacer algo en la Argentina.

En 2011, convocado por el sanitarista Mario Rovere, crearon la carrera de medicina en la Universidad Nacional de La Matanza con un programa contrahegemónico: tiene orientación comunitaria, lo que significa que desde la quinta semana del primer año los alumnos pasan el 25% de su plan de estudios en centros de salud donde adquieren experiencia directa temprana. Cuando Penchaszadeh entró en esta universidad ya era “jubilable” pero mantuvo su cátedra hasta el 4 de enero de este año,

Hoy en día está en boga decir que “todo” es genético, que el autismo, que el ADD, que el cáncer, entonces yo milito contra eso, soy un referente y nadie me lo puede discutir.

cuando recibió una carta documento donde le informaban que su cargo como profesor titular en la UNLaM había caducado.

–La verdad es que me sorprendió, pensaba que no me iban a tocar pero me equivoqué fiero.

De todos modos, la agenda de Penchaszadeh sigue muy activa. Su currículum de cuarenta y cinco páginas lo lleva a dar clases o asistir a congresos allá o acá y su militancia contra el reduccionismo genético sigue firme en esta época del mundo en la que

la genética está de moda y pareciera que todo pasa por ahí.

–Con mi autoridad de genetista me planto donde sea y les canto las cuarenta –dice.

Y, sí, uno lo ve, con su porte de genes rusos, alto y erguido, y le cree. En las “cuarenta” sostiene que las personas dependen solo en parte de lo que heredamos de nuestros padres y que la acción con el medioambiente es fundamental: no existen genomas buenos o malos porque un genoma es solo tan bueno como el medioambiente en el que está inmerso.

–Hoy en día está en boga decir que “todo” es genético, que el autismo, que el ADD, que el cáncer, entonces yo milito contra eso, soy un referente y nadie me lo puede discutir, eso es lo que hago en ámbitos públicos.

En última instancia –dice–, su lucha es por la equidad en los servicios de salud y la responsabilidad del Estado en eso. Y “eso”, que no está vigente en casi ningún país del mundo, requiere un enfoque global de la salud.

–Que no me vengan a decir que apareció una nueva tecnología para curar el cáncer y que vamos a cambiar los genes, primero porque eso es carísimo y segundo porque la tecnología está en manos de los países ricos y cuando llegue acá va a estar abordable solo para el 10% más rico de la población. No estoy en contra del desarrollo genético tecnológico, tengo problemas con el endiosamiento de eso. 🦋